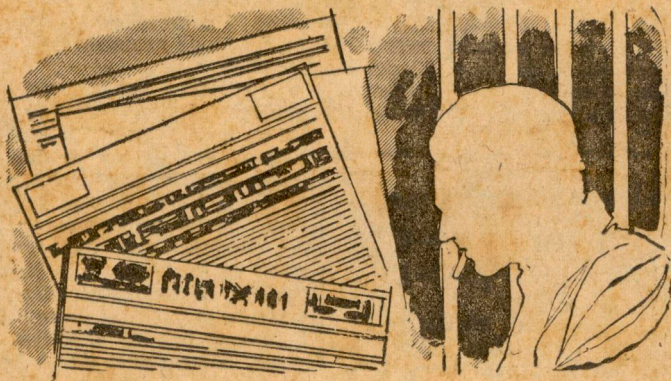


Arte Sagrado y Renovación

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El V Salón de Arte Sagrado organizado por la agrupación "Mediator Dei" que actualmente se presenta en Buenos Aires nos hace, más allá de los juicios de valor que inspiren al cronista las obras expuestas, pensar en el tema de las relaciones del arte y la religión en nuestro tiempo. Que la Iglesia ha perdido el poder de hacer de los artistas los autores de las imágenes, las oraciones, los murales y los templos de hoy, es algo notorio, pero también es evidente que la necesidad de transformación del arte sacro, de la "puesta al día" de la creación de objetos estéticos para el culto, se ha hecho ya conciencia en ciertos medios católicos cultos. Contra el cromo en serie, la estatua de yeso "standard", la arquitectura repetidora de viejos modelos ilustres, se despierta la decisión de acordar las nuevas tendencias del arte con la fe intemporal. La reacción contra lo postizo en Francia y otras naciones de Europa es un impulso generalizado. En América ella es más lenta. Ante todo, allí y aquí la actividad comporta el propósito de oponerse al mal gusto imperante que, en sí, significa una negación concreta de la espiritualidad del creyente que se inclina ante la representación de Dios.

El Padre Couturier, iniciador en Europa de esta saludable corriente, ha señalado que el artista que crea legítimamente es, cualesquiera que sea su posición ante la religión, un individuo religioso, y que por ello su contribución a la construcción de una capilla (no es este, por cierto, tiempo de basílicas) resulta



esencial para que el edificio que aloja a los fieles en el rito, la liturgia y la oración sea propicio a la elevación anímica y a la comunión sobrenatural que intenta el culto. La escultura preocupada por los volúmenes y los espacios, la pintura interesada en la expresión plástica, formal y colorística; la arquitectura de carácter funcional u orgánico, deben intervenir en la realización del templo moderno conforme sus propias y actuales teorías. Imitar con cemento una catedral gótica, hacer a Cristo con un rostro impersonal o femenino, levantar un altar con vano despliegue de recamados, volutas, acantos, etc., significa, en suma, desconocer que el símbolo no es lo simbolizado y que si el espíritu no asiste a la inspiración creadora los objetos que se produzcan carecen de emoción. La industria santera no deja de ser una ofensa a Dios.

La exposición de "Mediator Dei" en la capital argentina prueba que, aunque dificultosamente, el concepto anotado se abre paso: proyectos de parroquias concebidas como centros de barrios, no como monumentos ostentosos; esculturas austeras de madera o piedra que hablan por sí; cuadros que no pretenden reproducir figuras reconocibles, sino que conciben la santidad como una atmósfera, y poemas que puede el creyente musitar hacia adentro, como un rezo profundo, desfilan ante la vista del espectador, en un conjunto que, si bien es dispar en lo exterior, procura una perspectiva unitaria acerca del idéntico objetivo que los artistas —la mayoría nombres prestigiosos del arte y la literatura del país— persiguen con estas obras.

Si se piensa, a propósito de esta exposición, en el problema que al respecto plantea el Perú, se hace dramática la urgencia de poner un freno a la copia arquitectónica chirle, al comercio de imágenes chabacanas, a la proliferación de "pastiches" que apenas dejan percibir la calidad —como la de la Iglesia de San Felipe— de algunos esfuerzos aislados dignos de encomio. Ese freno sólo lo pueden establecer la jerarquía eclesiástica, de un lado, y la agrupación de los artistas católicos, de otro. La opinión pública comprenderá, cuando derrote sus prejuicios y los malos hábitos de su gusto, que con una campaña a favor del arte sacro renovado se está salvando la fe de la masa, que debe hallar en el templo una casa en la que la pompa y el fasto superficiales han sido reemplazados por la ascésis total cuya meta está más allá de este mundo.

Buenos Aires, noviembre.